

PABLO FERNÁNDEZ ROJAS

TU FUTURO EN LA ESPALDA

ÑAWPAQ



PABLO FERNÁNDEZ ROJAS

TU FUTURO EN LA ESPALDA

Ñawpaq

Territorio y exilio

Por un tiempito nomás

A través de la calle José Pol, corría. Era un mediodía de verano, caluroso y soleado, con ambiente de carnaval y feriado, libre de la escuela. Agitada y a los gritos, llegué a estirar la mano y tocar la pesada puerta metálica de la casa. Esa casa «era» de mi abuela materna, aunque nosotros la llamábamos Mamá Alicia.

Ganar la carrera significaba entrar primero y recibir el saludo de mi tía Aurora, hermana mayor de mi madre, y comer antes que mis hermanos alguna papaya o tuna pelada con el amor de la Mamá.

Gané, grité y me arreglé un poco para entrar. Abrí la puerta desde fuera y entré al patio. Era amplio, más de tierra que de pasto, con un recto camino de piedras que lo atravesaba desprolijamente. A la derecha había un viejo árbol de higo, protagonista de muchas historias cómicas de día y de terror por la noche. Del lado izquierdo, un lavadero de piedra que, obviamente, no tenía conexión de agua. En Cochabamba, Bolivia, esto era común: el agua se cargaba en lo que llamábamos *turriles*, viejos contenedores de metal que antes se utilizaban para transportar combustible. Cuando comenzaban a oxidarse o cumplían su vida útil, se comercializaban entre la gente común para acumular agua potable. Los patios estaban poblados de unos cuantos, lo que permitía reutilizar el agua varias veces y no desperdiciar nada.

Al fondo había tres edificaciones de adobe —mezcla de barro y paja— en forma de «U», donde se repartían dormitorios sobrepoblados de primos y tíos. A la izquierda, un pequeño taller de orfebrería de mi tío Víctor, hábil orfebre y experto en juntar hasta el último grano de oro del piso de tierra. Al fondo, a la derecha, estaba la cocina de barro de ella, la Mamá.

El último mes habían sido ellos quienes nos cuidaron a mí y a mis hermanos. Pietro, de ocho años, era el más cercano en edad. Moreno, delgado y bajito, muy callado y obediente. Tenía una nariz larga y labios gruesos, parecidos a los de los negros de los Yungas, bailarines de sayas.

Ángel, el siguiente, era moreno pero de piel más pálida, con nariz andina y rulos inaguantables, al igual que su comportamiento. Claramente hiperactivo para sus seis años. Yo, la ganadora de la carrera, tenía piel morena y cálida, delgada pero con cara redonda y dos lunares inconfundibles cerca del labio, como si fueran una firma. Era la mayor, a punto de cumplir once años.

—Buen día, Mamita Alicia.

—¡Jamuy, Lizita! Ven.

Me acerqué a ella, sentada en su asiento de siempre, desde donde podía observar de frente la puerta y todo el patio. Alicia era una mujer mayor, de piel muy morena y sufrida, con arrugas, lunares y manchas. Tenía una dulzura en los ojos que obligaba a obedecerla. Muy silenciosa en su quehacer, casi no hablaba; siempre estaba cocinando, lavando o preparando algo. Por sus hombros caían dos trenzas prolijas y llevaba con elegancia sus polleras de chola.

La casa estaba cerca del Cristo de la Concordia, en Cochabamba. Zona de jailones, gente de dinero y casas ostentosas. Sin embargo, la casa de la Mamá era la de una criada

del barrio. Alicia tenía permitido vivir allí porque servía en los quehaceres de las señoras pudientes de las faldas del Cristo y de sus hermanas, que habían transitado otras fortunas en su vida.

—Mamita, dime. Ahí vienen Pietro y Ángel.

—Tu mamá ha llegado. Los está esperando en su casa, pues.

Mientras se acercaban mis hermanos, les grité que mamá había vuelto. Ángel fue el primero en preguntar dónde estaba, mientras la tía Aurora se acercaba a explicarnos a dónde íbamos ahora.

La casa, la que se suponía que era realmente «nuestra», estaba en Villa México, en la zona sur de Cochabamba. Allí habíamos vivido con mis padres hasta que nos dejaron al cuidado de terceros. Era alquilada, como siempre, en un barrio pobre y en una casa aún más pobre que la de Mamá Alicia, pero cerca del colegio y de nuestros amigos. Esa calle sí nos pertenecía. No era de los jailones que nos dolían y nos rechazaban.

—Yo los voy a llevar, *wawitay*. Hemos juntado sus cosas.

—Sí, tía. ¿Llevamos la mochila del colegio?

—Todito lo de ustedes llevaremos.

La tía Aurora, al igual que yo, era la mayor de sus hermanas. Siempre me pareció una mujer de brazos fuertes, muy ejecutiva. Hacía lo que debía en lo cotidiano, aunque decirse en lo extraordinario le costaba más. Fue quien nos fue a buscar hacía un mes a la casa de los otros tíos, familia de mi padre, donde las risas no eran permitidas y sentíamos que ni la casa ni la calle eran nuestras.

Ya tenía listas nuestras cosas y a mis otros dos hermanos. Cargaba a Pablo en el aguayo y llevaba a Paola agarrada de su pollera. Pablo no llegaba a los dos años, aunque ya caminaba y

hablaba. Paola había cumplido cuatro años, pero parecía su gemela. Había retrocedido en su desarrollo tras meses de internación por parásitos y malos diagnósticos en el hospital Viedma.

Arrancamos hacia Villa México en el trufi H, el transporte público que conectaba el este y el sur de la ciudad. En su recorrido pasaba por aquel hospital maldito. Mientras atravesaba la zona comercial de la ciudad, los malos recuerdos se dispersaron, aunque no del todo: aún recordaba los demasiados días que habíamos pasado allí junto a mis padres. Lo odiaba; me hacía revivir constantemente el temor por la vida de mi hermana y el dolor de comprender, por primera vez en mi vida, la pobreza y la impotencia de mis padres frente al mundo.

Por fin el trufi cruzó «La Cancha», centro del comercio y la vida de la ciudad, bordeando la nueva terminal de buses, espacio que marcaría un lugar central en mi vida.

Al llegar a la casa, encontré a nuestra mamá sentada en el fondo, con el papá Zacarías, su padre. Entramos corriendo a su encuentro, gritando y saltando. Ángel fue el primero en llegar y la abrazó. Enseguida la alcanzamos los demás y nos dio un abrazo amplio a los cuatro. Ni me esforcé en aguantar el llanto.

No recuerdo cuántos minutos nos abrazamos ni cuántos meses nos había abandonado. Puede que ese abrazo haya durado exactamente lo mismo.

Al separarnos, Pietro se quedó a su lado y no se apartó. Mamá saludó a su hermana Aurora y rápidamente empezó a agradecerle en quechua. Yo entendía ciertas palabras: hablaban de cómo estábamos, de cómo nos habían cuidado y de cómo nos había encontrado cuando fue a buscarnos a la casa de los otros tíos. De cómo nos trataron. De lo mal que nos vio.

A veces prefería hacerme la tonta cuando los adultos hablaban en quechua. Cuando usaban ese idioma entre ellos,

significaba que no querían que me enterara de cosas de mi propia vida. Y para recordarme eso, ya estaba yo. Sin embargo, cuando me hablaban directamente en quechua, era el idioma más dulce del mundo.

Mamá nos llamó y nos dijo que nos sentáramos a la mesa. Cada uno tenía su lugar asignado, siempre fue así, y aunque hubieran pasado tantos meses, todos lo recordaban.

Recibió a Pablo envuelto en aguayo, su *k'ipi*, lo puso sobre la mesa, lo desenvolvió y lo apoyó en su pecho antes de sentarse. No paraba de mirarlo y besarlo hasta que notó que estábamos todos expectantes, esperando que nos contara algo.

Hacía casi dos años, papá también había vuelto de ese mismo viaje con historias y aventuras. Se había marchado convencido de que sería «por un tiempito nomás» y así cumplió. Volvió luego de un año y medio. Nos compró ropa nueva por primera vez y fuimos a pasear al Cristo de la Concordia, monumento que vigila y somete Cochabamba. Apreciamos nuestra ciudad desde lo alto del cerro en el que se encuentra, sin la cabeza gacha. Él volvió vivo, entusiasmado. No paraba de contarnos sobre la posibilidad de esa tierra lejana. Un país donde la gente tiraba a la calle muebles que aquí serían nuestros armarios y donde los trenes viajaban bajo tierra.

En Cochabamba nuestra calle era de tierra. Yo celebraba la lluvia porque podía jugar con barro y hacer mi propio juego de cocina, mientras los adultos celebraban la gratuidad de un poco de agua en una ciudad donde la lluvia era el único momento en que todos podían acceder a ella de igual forma. Aunque el precio de esa lluvia feliz fuera volver al hospital por alguna enfermedad. Esas enfermedades que nos sellaban la piel de pobres.

Ese entusiasmo le duró poco. Bolivia es cruel: te aplasta. Al volver, regresó a esa búsqueda perpetua de trabajo y, con el

poco dinero que había ahorrado, se enfrentó a estafas. Aquel joven ilusionado se convirtió en un hombre derrotado.

Así veía a mi papá. Fue aprovechado por los suyos. Y quienes más nos duelen son los cercanos, más aún cuando defraudan nuestro entusiasmo. Su dolor más grande era que ya no confiaba en sí mismo ni en sus oportunidades. Los que vuelven de esos viajes al exterior siempre son vistos como extranjeros y, en la miseria, se convierten en objetos de aprovechamiento para quienes no están acostumbrados a una mínima abundancia.

«Aquí no va más», repetía.

Quería regresar a la Argentina, pero esta vez no iría solo. Iría con mamá para acelerar el proceso y juntar más dinero. El objetivo era pagar un anticrético: una forma de inversión inmobiliaria, un tipo de arrendamiento en el que el interés del préstamo se materializa en el uso de un inmueble.

Se entrega una suma de dinero —generalmente en dólares— en un único pago. A cambio, durante un período determinado, por lo común de dos años, se ocupa la propiedad. Al finalizar ese plazo, el propietario devuelve exactamente el mismo capital y quien prestó el dinero ha usufructuado el inmueble como interés del préstamo.

Para nosotros el sueño de una casa era prohibitivo y esa opción era la utopía más creíble, pero para lograrlo era necesario acelerar el ahorro y mi papá necesitaba de mi mamá.

Cuando supe que mis padres se irían, entendí que nos mentían. Ya no era un tiempito nomás. Nadie que vuelve con esa vitalidad elige permanecer en la ruina.

—Liza, Pietro, Ángel, Paolita. Mañana no van a ir más al colegio. Nos vamos a Argentina.

—No, no queremos ir. Estamos bien aquí.

—Iremos con el papá. Allá está trabajando bien. Y yo también.

—Pero acá ya hemos empezado clases.

—Sí, pero allá hay muchos colegios. Las aulas son lindas y también van a estudiar.

—Yo no quiero ir, ¿no, Pietro?

—Es por un tiempito nomás. Hasta que Liza termine primaria.

—Mami, tú ve. Yo ya puedo cuidar a mis hermanos, ¿no ve?

Todo ese tiempo me sentí culpable por no haber podido cuidar bien de mis hermanos. Antes de que la tía Aurora viniera a buscarnos, no pude defenderlos de los abusos y, por ser la mayor, sabía que debía protegerlos. Pero ya había aprendido que debía enfrentarme a mis primos o a mis tíos si volvía a ver que golpeaban a mis hermanos o si nos negaban algo de comida. Ya podía cargar a Pablo, y Paola siempre me hacía caso. Prefería eso antes que irme. Mi cumpleaños era en unos días y, en pleno carnaval, la noticia parecía burlarse de la fiesta.

Sin embargo, también recordaba que mamá era quien me protegería. Sentía, después de mucho tiempo, que alguien estaba incondicionalmente conmigo. Ya no tendría que preocuparme por dónde viviríamos el mes siguiente ni de quién debía defendernos.

La terminal de Cochabamba estaba recién estrenada. Más tarde sabría que era pequeña, aunque elegante. Pero para mí, en ese momento, era gigante.

Los gritos de los vendedores de pasajes, el olor a comida y la gente empujando eran un espectáculo que mareaba.

Entre el anuncio del viaje y la partida no pasó más de una semana. El papá Zacarías, hombre estricto y de gentil inteligencia, se encargó de todos los trámites y ayudó a su hija

en todo el proceso burocrático. En pocos días ya teníamos pasajes y documentos listos. Sospecho que lo hizo rápido para no permitirnos arrepentirnos.

Mamá nos compró a cada uno una mochila. Además de los bolsos, llevábamos mudas de ropa y útiles escolares. Las marcas no podrían conseguirse en Argentina. Quería que lleváramos algo nuestro.

Llegamos temprano a la terminal. Dejamos los bolsos amontonados y nos sentamos en el andén. Mamá recorría el lugar comprando lo último necesario.

A despedirnos llegaron la tía Aurora, el tío Víctor, el papá Zacarías y Mamá Alicia. Ella llevó ollas de comida.

—*Wawasniy mikhuychik, ch'usayqa karu kachkan*. Coman, coman. El viaje largo es.

—Gracias, mami.

—Falso conejo hice. Tienen que llenarse. Días van a viajar.

La especialidad de Mamá Alicia. No era conejo: era carne aplastada y apanada, hundida en un estofado picante, acompañada de fideo tostado, ensalada y papa. Lo comimos sentados en el piso de la terminal, con las piernas cruzadas y las mochilas como respaldo. Estaba delicioso. Pero no era solo el sabor: había algo más que ingredientes en ese plato, estaba la mano que lo había preparado, el tiempo detenido de quien cocina para que otros no sufran.

Sabíamos que, «por un tiempito nomás», no volveríamos a sentir ese cuidado.

Cuando anunciaron nuestro bus, Pietro fue el primero en avisar. Vi cómo mamá guardaba en su corpiño el sobre que le entregó su papá: dólares para el «por si acaso».

Nos abrazamos entre llantos. En el fondo, creo que todos sabíamos que aquella versión de nosotros jamás volvería. La travesía comenzaba.

Partíamos de Cochabamba para cruzar todo el país. Primero debíamos llegar a la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, en un viaje normal de ocho horas, atravesando esa nueva carretera —Chapare mediante—, la selva central de Bolivia. De allí surgiría un Evo Morales cocalero, y era la frontera de los últimos pasos que significaron la muerte del Che Guevara. Al boliviano, mi mamá, en ese momento, no lo conocía ni sospechaba su existencia. En cambio, al argentino lo admiraba. De él nos hablaría para describir hacia dónde nos dirigíamos.

Mis padres se conocieron en la adolescencia tardía. Presos del peso de la pobreza y las obligaciones económicas, ambos empezaron a trabajar de adolescentes mientras cursaban el secundario en el colegio nocturno Félix del Granado. Allí eran miembros activos de la militancia de izquierda del centro de estudiantes. Los consecutivos golpes de Estado les otorgaron la posibilidad de la complicidad política y afectiva. Desde diferentes lugares y aspectos, ambos transitaban vidas de familias quebradas, y su refugio eran sus discusiones y enfrentamientos políticos.

Mi madre era una mujer bellísima, pero llamaba todavía más la atención por su manera de hablar: suave, firme y segura. Militaba en sí misma. Estaba convencida de sus ideas y sabía convencer no solo por su dialéctica, sino por la forma en que su voz, su cuerpo y su amabilidad ocupaban el espacio. Solo se permitía ser la mejor alumna para, algún día, poder liderar a sus compañeros de lucha.

Mi padre, en cambio, tenía algo más áspero, más soberbio, más guerrillero. Se sostenía en su educación italiana y religiosa como en una armadura. Huérfano, se había criado en un orfanato de una misión católica italiana en las afueras de Cochabamba. Había sido niño mendigo en la calle y, después,

habitante del lujo improbable del agua caliente, el lunfardo italiano y la Biblia. Ese contraste lo habitaba.

Improbablemente y por esto mismo, terminaron siendo una pareja de cuadros políticos jóvenes, con carreras truncas por obligaciones familiares que no esperaban, y con una promesa silenciosa: no repetir la historia de sus propios padres.

Sentados en los asientos del bus, veía a mi mamá muy segura, atenta a nosotros. Eso me tranquilizaba. En nuestras mochilas nos llenó de útiles escolares para dibujar y jugar entre nosotros.

—Vamos a viajar mucho. Pero Argentina no está tan lejos.

—¿Dónde queda Argentina?

Nos dibujaba un mapa y marcaba dónde estábamos y hacia dónde nos dirigíamos. Dibujaba el mismo camino que para su referente político, el Che, sería el sueño trunco, pero también el más bello recorrido de sus mejores sueños, al igual que nosotros.

Ángel repetía esa pregunta para asegurarse de la distancia. Entendimos que, si ese país estaba al lado del nuestro, no podía estar tan lejos.

Después de unas horas mirando por la ventana, el cambio de clima empezó a sentirse. Esa zona tropical y húmeda nos advertía que ya no estábamos en un territorio conocido por mis ojos. Pero lo que más me inquietaba no era el paisaje, sino el malestar en el estómago. Habíamos comido demasiado, con la ansiedad de quien cree estar despidiéndose.

No sabía aún lo retorcido que sería el viaje, como la propia carretera.

La ruta zigzagueaba entre cerros selváticos, con frenadas bruscas y aceleraciones repentinas, curvas estrechas y riscos

que caían hacia un vacío infinito. El bus parecía inclinarse sobre el abismo y volver a enderezarse una y otra vez.

Después de un tiempo me sentía fatal. Ya no tenía ganas de dibujar ni de hablar con mis hermanos. Me aguantaba para no molestar a mamá, que sostenía a Pablo. Pero, de pronto, Ángel vomitó en el asiento de al lado. Yo estaba sentada con Paola; Ángel y Pietro ocupaban los otros dos asientos. No fue el único. Uno tras otro empezamos a sentir el mismo mareo, la misma náusea incontenible. Mamá, desesperada, buscó bolsas y nos las iba pasando para que vomitáramos allí.

Ella le exigió al chofer que frenara para poder atender a sus hijos, y la respuesta fue que era culpa de ella por no darnos Gravol, el medicamento para el malestar estomacal. En ese momento, la necesidad más inmediata era un baño, y Ángel no aguantaba más. En uno de sus típicos actos de rebeldía, mi madre le gritó:

—Ah, ¿no quiere parar, caballero? Bueno. Ángel, ven, haz en esta bolsa.

Y Ángel se arrodilló y lo hizo, sin ningún reparo ni vergüenza. Los pasajeros empezaron a gritar y reírse, pidiendo al chofer que frenara por los niños. Forzado por una bolsa de mierda, literalmente, accedió.

Después de frenar en un parador y que mi mamá ordenara la situación, ninguno quería comer nada. Estábamos todos de mal humor. Ángel comenzó con las quejas sobre cuándo llegaríamos. Pietro leía atento los carteles de tránsito y recordaba que todavía estábamos en Bolivia, así que faltaba un tramo largo.

Cuando retomamos el viaje, el cansancio me hizo dormir. Paola me despertó con el bus ya estacionado y mi mamá a los gritos:

—Liza, tómalas de la mano a Paola y ponle su mochila.

—Sí, mamá. ¿Puedo llevar a Pablo también?

—No. Ángel y Pierito van juntos. Cuando bajen, todos se agarran de la mano.

Bajamos en la terminal de Santa Cruz. Era gigante en comparación con Cochabamba. Mi madre debía bajar los bolsones, comprar los pasajes para esa misma noche —si no, la terminal cerraba— y, al mismo tiempo, estar atenta a nosotros cinco.

Nuevamente nos sentamos sobre nuestros bolsos a esperar. Esta vez, de Santa Cruz a Yacuiba, la frontera con Argentina.

Me sorprendía y me asustaba que las terminales en Bolivia estuvieran llenas de personas que todo el tiempo te ofrecían algo: algún servicio, desde llevarte los bolsones y bultos hasta ir a comprar el pasaje, cuidarte los niños o conseguir documentación. Ya había una ruta trazada para los expulsados del país y había dinero alrededor de eso. Los buses estaban repletos, todos con el mismo destino. Los comerciantes sabían sobre ese éxodo y la oportunidad estaba en las burocracias y en cómo evadirlas: desde las filas hasta las documentaciones falsificadas. Eso me abrumaba; cada vez que bajábamos en algún lugar sentía el peso de tantas miradas.

Después de un rato —eterno para mí— llegó mamá para avisarnos que teníamos los pasajes y que ya íbamos directo a la frontera con Argentina. El panorama más limpio nos revitalizó un poco. Ángel estaba nuevamente inquieto y molestando; Paola, en cambio, risueña.

Esa frontera —la palabra que tanto me perseguiría— significaba estar más cerca que nunca de papá y de la ilusión que él representaba. Al subir al bus nos alejamos un poco de la tristeza de la partida y el horizonte del viaje nos satisfizo. Un paso más.